

y con un libro en la mano, desdibujándose en la niebla y la luz de oro que derramaban las farolas. Parecía una visión irreal, salida de un momento lejano en el tiempo, vuelta a encontrar y revivida en una sensibilidad más madura y completa. Por fin lloró.

1991

Los boleros reproducidos total o parcialmente en el relato son:
Me recordarás, de Frank Domínguez; *Vete de mí*, de Virgilio y Homero Expósito; y *La vida es un sueño*, de Arsenio Rodríguez.

En el principio fue la fascinación.

La zona de la Rampa, con sus cines, clubes y restaurantes, se había convertido en el corazón donde palpaba la vida nocturna de la ciudad, y yo, joven y provinciano, católico y revolucionario, mal vestido y recién llegado a La Habana para matricularme en la universidad, comencé a gastar mis solitarias noches de sábado en deslumbrados recorridos ascendentes y descendentes por aquel esplendoroso tramo de calle, empujado entre el mar eterno y la recién abierta heladería Coppelia. Subía y bajaba la Rampa en un éxtasis permanente, empeñado en llenar mis pulmones y mis ojos con aquel mundo magnético de neones coloridos y autos americanos todavía potentes, de las primeras minifaldas y los primeros hippies tropicales y subdesarrollados que brotaban en la isla, y de los últimos vestigios del glamour brillante de los cincuenta, ya en franca retirada ante el avance de la indetenible propaganda socialista, con sus exaltadas consignas cargadas de rojos y persistentes llamados al combate y a la victoria.

Quiero recordar que fue precisamente durante uno de mis primeros paseos por la Rampa, alucinado por tantos encantos y promesas de una vida que no conocía, cuando vi, junto a la escalera que bajaba hacia las penumbras del club La Gruta, el cartel protegido por un cristal desde

el que de forma aviesa me miró Violeta del Río, «La Dama Triste del Bolero». Una invasiva atracción, que nació en mi estómago y se expandía indetenible para palpitar en cada rincón de mi cuerpo, me obligó a detenerme y contemplar aquel rostro de un suave matiz moreno de una mujer de unos treinta años, en el que se confundían los rasgos de mil mezclas raciales para propiciar el milagro de unos ojos levemente rasgados y cargados de despecho asiático, una boca de labios carnosos y entrojados de los que pendía displicente un cigarro humeante, y un pelo tal vez demasiado amarillo, que caía en ondas furiosas hacia los hombros tersos y promisorios. El cartel advertía que Violeta del Río cantaba en La Gruta todas las noches, de martes a domingo, siempre a las once, pero mientras contemplaba el rostro singular y lascivo, ni siquiera se me ocurrió considerar la posibilidad de entrar en aquel sitio quizás pecaminoso, demasiado sofisticado y alejado de todas las expectativas del joven cándido —revolucionario, católico y pobre, ya lo he dicho— que entonces era.

Quiero pensar también que, mucho antes de que viera la foto —o de que la foto me viera a mí—, el destino parecía haber preparado aquel encuentro, pues únicamente así es posible que desde aquella noche de 1967 el rostro de Violeta del Río se convirtiera en una de mis obsesiones de toda la vida: y ahora mismo, mientras la evoco, escuchando un viejo bolero cantado por Bola de Nieve —y siento al oírlo un escozor doloroso en la piel—, vuelvo a mirar aquella fotografía en la que a pesar de los desastres y de los años no logro encontrar vestigios de la tristeza desoladora que advertía su epíteto artístico, aunque otra vez me convenzo de que una fuerza trágica y superior voló siempre sobre nosotros y que ya debía de estar escri-

to que todo iba a ocurrir del modo devastador en que ocurrió.

Desde entonces mis paseos por la Rampa, los sábados o cualquier día de la semana, a solas o en comparsa con mis nuevos compañeros de clases, siempre tuvieron unos minutos para que, frente a la imagen de La Dama Triste del Bolero, tratara de saciarme de los misterios que proponía aquel rostro cautivo en la foto y comenzara a soñar con el momento de ver al fin, de cuerpo completo y presente, a aquella magnética mujer. Mientras, en mi habitación de la residencia universitaria donde estaba becado, de pronto había comenzado a escuchar los programas de radio dedicados al bolero, sin que aquella música demasiado melosa y llena de lamentos consiguiera convencerme de sus virtudes ni comunicarme su profunda melancolía, pues todavía desconocía que el verdadero disfrute de un bolero germina sobre las experiencias amargas de la vida.

Todo quedó preparado para que el 13 de diciembre de 1967, cuando cumplí los dieciocho años, en lugar de un perfume o una camisa —que tanto necesitaba—, pidiera a mis padres y tíos que me regalaran dinero. Mi plan había sido demasiado meditado para ser tan sencillo: aquella noche iría a La Gruta, para ver al fin a Violeta del Río.

Como era de esperar, debí enseñar mi carnet de universitario para demostrar que tenía dieciocho años y me permitirían franquear las puertas del club. Penetré entonces en aquella oscuridad fresca y amable como la gruta que decía ser, impregnada de los olores del ron, el deseo y el humo del cigarro negro, y cargada —como lo sabría poco después— con los remanentes agónicos de un pasado, un *ancien régime* que la revolución, como toda revo-

lución que se respetara, se empeñaba en desterrar de la isla, excomulgándolo y repudiándolo cada día con más fuerza.

En la penumbra pude distinguir que al fondo había un pequeño escenario y busqué el sitio de la barra más cercano. Indeciso e inexperto, cuando el barman se me acercó opté por pedir un ron collins —sólo porque el nombre me pareció apropiado— y me dispuse a esperar, mientras trataba de rasgar la oscuridad y presentir, más que ver, las parejas que, entre trago y trago, adelantaban sus juegos de amor en los mullidos pullmans del salón.

De pronto las pocas luces del club se apagaron y se hizo un prolongado silencio que flotó sobre la oscuridad más compacta. Una melodía lánguida, desgajada de un piano, ocupó al fin el espacio del local y, todavía a oscuras, escuché por primera vez la voz de Violeta del Río:

Me recordarás
cuando en la tarde muera el sol,
tú me llamarás
en las horas secretas
de tu sensibilidad.
Te arrepentirás
de lo cruel que tú fuiste con mi amor,
te lamentarás
pero será muy tarde
para volver.
Te perseguirán
los recuerdos divinos del ayer,
te atormentará
tu conciencia infeliz...

No hacía falta verla para sentir que había algo diferente en aquella voz, pequeña, caliente, gruesa, calibrada con esmero, que parecía hablar al oído más que cantar. En el instante en que advirtió «Te arrepentirás», una tenue luz cenital cayó al fin sobre el escenario y forjó la figura de Violeta del Río. Apoyada en una banqueta, la mujer siguió cantando su susurro de amor, con la cabeza inclinada, como si expresara un profundo pesar. El pelo le ocultaba casi toda la cara y sólo en el momento en que su mano llevó atrás la cascada hirviente del cabello, pude descubrir que cantaba con los ojos cerrados y el micrófono —todos saben a qué se parece un micrófono— casi metido entre los labios. De inmediato sentí que una magia extraña se desprendía de aquella combinación de luz, música, olores, sentimientos, voz y mujer, una magia que nada tenía que ver con mi deslumbramiento de joven provinciano —eso ya lo saben— que sufría un previsible ataque de fascinación: lo que allí ocurría era algo real y palpable, pero sucedía en otra dimensión de los sentidos, donde yo encontraba una lógica propia para la canción y la música, gracias a aquella mujer, más pequeña de lo que había imaginado, menos rotunda de formas de lo que había soñado, que apenas gesticulaba ni se movía, pero que con su voz tibia y su presencia abarcadora era capaz de seducir al auditorio de borrachos y marihuaneros, seres de la noche y parejas de enamorados, solitarios empedernidos y jóvenes inocentes, que permanecíamos prisioneros del embrujo tiránico de los boleros cantados por Violeta del Río.

Ocho boleros más pasaron por la garganta de la mujer y el ensalmo se mantuvo invencible, incluso más allá del momento en que ella musitó «Gracias», como si no quisiera decirlo, como si ya no tuviera más voz, y nadie se

pudo mover, ni hablar, ni beber, atrapados todavía en las redes del magnetismo desplegado por Violeta del Río y por su manera devota y visceral de hacer los boleros, hasta que ella aceptó el cigarro encendido que le alargó el pianista, y dijo «Buenas noches»... Y yo comencé a aplaudir, en el instante en que fue cegada la luz central y, como en el sueño que debíamos haber vivido, Violeta del Río se esfumó en la oscuridad.

Nunca antes había pensado que la música amelecochada y lacrimógena de un bolero pudiera tener tal poder de seducción; jamás, hasta ese momento, había sentido aquella necesidad física que me estaba provocando Violeta del Río; ni siquiera en sueños había imaginado que aquel mundo de rones, penumbras, cigarros, madrugadas sin sueño y lascivias contenidas pudiera comunicarme la sensación de pertenencia que estaba disfrutando. Pero sin duda fue algo demasiado maravilloso, pacientemente esperado por mi espíritu, lo que debió de funcionar durante aquella jornada de mi llegada a los dieciocho años para que, a la noche siguiente, en la misma banqueta, yo volviera a pedir un ron collins y escuchara, sobre la nube más alta e inextinguible, los boleros que Violeta del Río empezó a cantar para mí.

Quien no haya sentido alguna vez que la estética decadente y previsible del bolero es una de las mejores expresiones de la vida, seguramente será incapaz de entender la prodigiosa comunicación que esa música puede conseguir con los sentimientos. Aunque sus letras muchas veces maltraten la poesía con frases empuñadas en expresar emociones demasiado evidentes, y su melodía ataque sin piedad las escalas más melosas del pentagrama, la virtud permanente de un buen bolero radica en su capacidad de sedu-

cir y en su poder de evocación, que siempre están ligadas a una voz y un modo de cantar, más que a unos versos y una melodía. Pero, quien no haya asistido al espectáculo de oír y ver a Violeta del Río en aquellas noches perdidas de La Habana, tampoco entenderá jamás por qué en cada ocasión que yo lograba reunir el dinero necesario, me olvidaba de estudios y mímes políticos e iba como un fanático hacia La Gruta y gastaba allí mis horas y mis dineros, sin más esperanzas que oírla cantar, verla fumar, escucharle decir «Gracias, buenas noches», y contemplarla después — cada día más arrobado — mientras bebía su trago largo de carta blanca, siempre uno, servido en un vaso alto, cargado con un cubo de hielo y alargado con *ginger ale*...

Algo curioso ocurría con aquella mujer que, una vez cumplida su actuación, bajaba al bar con su cigarro en los labios y bebía en silencio aquel único trago de ron. La costumbre parecía ser ancestral, pues nada más ocupar su banqueta, el barman le servía su carta blanca y Violeta lo bebía a sorbos lentos, entre cigarro y cigarro, sin hablar con nadie, apenas observando a través de su pelo cómo el hielo se fundía con el ron, hasta que a las dos de la madrugada, hora del cierre, apuraba el resto de su bebida y salta a la calle, sin despedirse de nadie, sin que nadie la acompañara, sin que nadie la esperara, mientras yo la miraba alejarse, incapaz de abordarla, lleno de interrogaciones y desbordado de deseos.

Tantas noches la vi cantar, beber su trago e irse sola hacia su misterio que, con un acopio de todas mis voluntades, decidí cortar aquella historia que ya se me hacía agobiante y me robaba toda la concentración. Si mi timidez me impedía hacer algo más que mirarla y oírla desde

mi rincón, imaginando desenlaces que nunca me atrevería a propiciar, lo mejor era reencausar mis expectativas y olvidarme de aquel imposible que ni siquiera debía de saber de mi existencia, que me había convertido en fumador de cigarros y que podía costarme el primer año de la carrera. Entonces decidí no volver a La Gruta, no caminar por la Rampa y sus tentaciones, dejar de escuchar boleros y evitar toda cercanía a los caminos que conducían a un fantasma llamado Violeta del Río.

Llegó septiembre de 1968 y el inicio de mi segundo curso en la universidad. Las vacaciones del verano, que había pasado en mi casa, lejos de La Habana y sus disolutas tentaciones, debieron de ayudarme en mi propósito de sacarme de la mente a Violeta del Río, y al regresar a la ciudad pensé que estaba curado de la adicción que me habían inoculado aquella mujer y sus canciones. Fue reconfortante para mí saber que recuperaba mi tranquilidad habitual y que otra vez podía reunirme con mis compañeros en la heladería Coppelia, donde a golpe de helados y algún ron oculto en canecas, montábamos largas tertulias donde insistíamos en hablar de temas elevados, tan lejanos del bolero y su mundo decadente. Demasiado fácil me resultó resistir el impulso de caminar Rampa abajo, hacia La Gruta, y creo que Violeta del Río apenas sería hoy un recuerdo apacible si una noche mis compañeros de la universidad no hubieran propuesto pasar un rato por La Gruta. Varios de ellos, que habían asistido a las actuaciones de la cantante y hablaban entusiasmados del modo singular en que ella hacía los boleros, insistieron en que fuéramos a verla, y mis defensas, más endeblés de lo que yo

creía, apenas necesitaron de aquel pretexto para deshacerse, como cera al fuego.

Nada más entrar en La Gruta y pedir un ron collins fue como sentir que regresaba a mi lugar. Faltaban quince minutos para que comenzara la actuación de Violeta del Río y descubrí que mi pecho palpataba y mis manos sudaban de pura ansiedad. Increíble me resultó comprobar hasta qué punto había llegado mi fortaleza al prohibirme volver a aquel sitio por casi dos meses. Pero ahora, descontrolado, comprendí también que no debí haber regresado, y tuve la certeza absoluta de mi error cuando las luces se apagaron y del corazón de las tinieblas brotó la voz gruesa y susurrante de Violeta del Río.

Tú, que llenas todo de alegría y juventud
y ves fantasmas en la noche de trasluz
y oyes el canto perfumado del azul,
vete de mí...

No te detengas a mirar
las ramas muertas del rosal
que se marchitan sin dar flor,
mira el paisaje del amor
que es la razón para soñar y amar...

Yo, que ya he luchado contra toda la maldad,
tengo las manos tan desechas de apretar
que ni te puedo sujetar.
Vete de mí...

Seré en tu vida lo mejor
de la neblina del ayer

cuando me llegues a olvidar
como es mejor el verso aquel
que no podemos recordar...
Vete de mí.

Algo inconcebible y maravilloso ocurrió en ese momento: Violeta del Río, que había cantado todo el bolero con su fuerza y despecho de siempre, sin dignarse siquiera mover el pelo que le cubría la cara, acomodó tras la oreja aquella cortina furibunda, y entonces yo pude ver que sus ojos me miraban y que en sus labios se iniciaba el leve movimiento de una sonrisa. ¿Me miraba a mí? ¿Me sonreía a mí, ella, Violeta del Río?

Sintiendo que me deshacía escuché su programa de esa noche y, mientras atacaba el último bolero —*La vida es un sueño*, cómo olvidarlo—, les dije a mis compañeros que no me sentía bien y quería irme. Sin esperar respuesta salí, crucé la Rampa y, tras un sólido Chevrolet Bel Air de 1957, esperé a que mis amigos salieran del club y se alejaran, rumbo a la beca universitaria. Entonces crucé la calle, empujé la puerta de La Gruta, ya sin portero a esa hora final de la noche, y vi cómo La Dama Triste del Bolero levantaba su vaso y bebía un sorbo de su carta blanca.

Con una decisión que desconocía y unas ansias que me superaban, me acerqué a la barra y, casi rozando el brazo de Violeta, pedí una carta blanca a la roca, encendí mi cigarrillo y voltéé la cara para observar la de aquella mujer capaz de seducirme con su voz y sus boleros.

—Al fin apareciste... —me dijo ella, con el mismo tono susurrante y grave con que cantaba, y recolocó el pelo que insistía en caer sobre su cara—. Pensé que te habías ido... Todos los días se va tanta gente.

—No, es que... —traté de decir algo, pero comprendí que no me era posible y bebí un trago devastador de mi añejo—. ¿Tú te habías fijado en mí?

Violeta no respondió: nunca respondió a ninguna pregunta. Envuelto en la nube de humo que formábamos con nuestros cigarrillos ella miró su trago, con el hielo casi deshecho, y se lo bebió hasta el final.

—¿Vamos? —me preguntó, o mejor, me ordenó y, como si ya esperara aquel reclamo, coloqué un billete bajo mi trago y la ayudé a bajar de su asiento.

La primera mujer con la que tuve relaciones sexuales era una exprostituta, oficialmente reciclada por la Revolución, que se hacía llamar María la Luchadora, y que por dos pesos se encargaba de desvirgar a los muchachos del barrio, con la precisión de un cirujano. Luego vino Irina, «la Rusa que nos enseñó a templar», que en realidad era ucraniana y padecía algo así como fuego uterino, pues apenas su marido salía de maniobras —era un negro gigantesco, oficial del Ejército, graduado en los primeros cursos de artillería a que asistieron los cubanos en la Unión Soviética—, abría las ventanas y se paseaba desnuda por la casa y daba rienda suelta a su lujuria brindando gratuita y socialistamente su arte amatorio a los enfiebrecidos adolescentes de la cuadrada. Después de la muerte de Irina, a manos de su engañado artillero, tuve varias novias, pero sólo una de ellas, la gordita y gentil Isabel María, me había permitido pasar a mayores. Sin embargo, ninguna de aquellas mujeres, con las que sentí deseos, pasión incluso, provocaron en mí la sensación de desvalimiento en que me lanzó el embrujo seductor de Violeta del Río.

Lo que aquella noche y las ocho noches siguientes disfruté gracias a Violeta del Río es otra historia. La posada donde nos refugiarnos, muy cerca de la universidad, debía de ser sórdida como todas las posadas de La Habana. Pero, enloquecido de deseos como yo me hallaba, apenas reparé en nada que no fuera el festín de sexo que me sirvió aquella mujer que, en la práctica del amor, gozaba de la misma destreza maravillosa que desplegaba cuando cantaba boleros. Ya he dicho que su cuerpo no era especialmente voluptuoso: más bien era delgada, tenía los senos pequeños y sus nalgas apretadas y duras estaban lejos de los volúmenes habituales en las cubanas. Pero la habilidad, a veces como displicente, con que utilizaba sus armas, y la capacidad seductora que empleaba en su faena, resultaron devastadoras: y si hasta entonces estuve enamorado de una posibilidad de mujer que me abrazaba con su voz, en ese momento había enloquecido por un ser definitivamente real que se negaba a cantar boleros fuera del escenario, que se resistía a contarme nada de su vida, que me impedía acompañarla al salir de la posada, pero que, en las dos horas que me regalaba, era capaz de hipnotizarme con su maestría amorosa, aprendida y perfeccionada sabe Dios en cuántas camas de la ciudad.

Para Violeta del Río todo era posible y lícito en la intimidad de amor: su cuerpo completo podía intervenir en el acto y sabía alarmar cada prolongación, cada cavidad, cada pliegue del mío. Curiosamente, siempre trabajaba en silencio y, como un director de orquesta, ordenaba con las manos, indicaba con los ojos, advertía de sus intenciones con los labios. Una sabiduría profunda, quizás la misma que la hacía crecer sobre el escenario y fascinar primero y seducir después, era la que la convocaba para el intermi-

nable despliegue de recursos eróticos que, por nueve noches inolvidables, puso a mi disposición.

Si hubiéramos tenido más de nueve noches, ¿qué habría sucedido? Todavía hoy no lo puedo imaginar siquiera, porque de encuentro en encuentro Violeta fue ascendiendo por aquella espiral erótica e introduciendo variaciones lánguidas o violentas, cálidas o arrebataadoras en nuestros juegos de amor, con una desbordada intensidad de creación que jamás he vuelto a encontrar en otra mujer. Cada noche hacía como si fuera la primera y, desvestida, desvestida a medias o completamente vestida, se ponía a trabajar con su empecinada necesidad de seducir a alguien que, más que seducido, ya estaba enloquecido de amor y de deseos, convertido en una masa sin cerebro, apenas dotado para sentir el placer que ella se imponía propiciar. Si hubiéramos tenido más de nueve noches...

Tampoco puedo olvidar que mi décima noche con Violeta del Río debió haber sido la del 2 de octubre de 1968. Por aquellos días había sido decretada una asoladora Ofensiva Revolucionaria, empeñada en poner en manos del Estado toda la economía y la ideología de la isla, mientras se había comenzado a preparar una gigantesca zafra azucarera, que en 1970 produciría diez millones de toneladas de azúcar con los cuales, de una sola vez, el país podría hasta salir del subdesarrollo. Pero, centrado en mi vorágine de amor y sexo, vivía yo de espaldas a la magnitud de las tormentas que se habían desatado, pues cada una de mis neuronas vivía en función de Violeta del Río.

Como las noches anteriores, exactamente cuando daban las diez, abandoné mi cuarto de la beca universitaria

y salí en busca de La Rampa, sus Luces, sus expectativas y sus promesas ahora cumplidas hasta niveles jamás imaginados por mí. Faltaban unos minutos para las once cuando atravesé la avenida y de golpe caí en el abismo. Los neones de La Gruta estaban a oscuras y por un instante pensé si no sería lunes, aunque estaba seguro de que era el jueves 2 de octubre. Las luces de la calle iluminaban la escalera que bajaba hacia el club y desde la acera, ya en el borde de la angustia, pude ver sus puertas cerradas y leer el cartel grosero que advertía: CLAUDIUSURADO INDEFINIDAMENTE. Sufriendo una ansiedad que amenazaba con ahogarme, traté de imaginar qué había sucedido, cuando descubrí en el suelo, en un rincón del pequeño vestíbulo del club, el mural encristalado en el que había visto por primera vez a Violeta del Río. Lentamente bajé los escalones y volteé la pancarta, y encontré que el cristal se había deshecho, pero que, pegada al cartón, allí seguía la imagen de «La Dama Triste del Bolerito» y el anuncio de unas actuaciones que ya nunca se repetirían. Con todo el cuidado que era capaz de pedirle a mis manos temblorosas, desprendí la foto y hui de La Gruta como si hubiera robado un banco.

Con aquel tesoro en mi bolsillo, recorrí los otros clubes cercanos y descubrí que todos habían sido clausurados, también indefinidamente. En mi desesperación le pregunté a varias personas si sabían qué ocurría y a retazos pude armar la respuesta: como todo el país debía ponerse en función de la Gran Zafra Azucarera, los clubes y cabarets de La Habana habían sido decretados antrós de decadencia burguesa y nocturnidad pernicioso, pues podían entorpecer la entrega de los hombres al magno evento económico, y de momento se había decidido cerrarlos, hasta que

se les encontrara un mejor destino: tal vez comedores obre-ros, o salas de reuniones, quizás democráticos restaurantes para trabajadores destacados en la emulación laboral y en las faenas agrícolas...

Esa noche no dormí y al día siguiente comencé a buscar a Violeta del Río. En mi contra lo tenía todo, incluso no saber su verdadero nombre, pues sospechaba que Violeta del Río debía de ser su apodo artístico, pero a mi favor tenía la pista de haberla visto tomar una ruta 68 una de las madrugadas en que hicimos el amor. Y otra vez mi plan fue sencillo: desde el Vedado empecé la búsqueda siguiendo el recorrido del ómnibus, que tenía su terminal en el lejano barrio de Mantilla. Mostrando la foto y preguntándole a vecinos, bodegueros, panaderos, a cada uno de los choferes de la 68, fui barriendo la ciudad de norte a sur, bajo el sol despiadado, con sed, hambre y desesperación, pero sin obtener una evidencia concreta sobre el destino de aquella mujer sin la cual sentía que ya no podía vivir.

Dieciocho días de investigación y la muerte de mis zapatos me llevó llegar hasta la terminal de la ruta 68. Mis esperanzas de encontrarla eran cada vez menores, pero una luz de aliento se encendió cuando en la propia terminal pude dar con el chofer que habitualmente cubría el turno de la madrugada de la 68. El chofer, un mulato de unos cincuenta años, desaparecido hasta entonces por estar cumpliendo un castigo en el patio de los ómnibus, reconoció de inmediato la foto y me explicó que Violeta viajaba con él hasta la Calzada de Dolores, donde hacía transferencia con la ruta 54, hacia el barrio de Lawton. Pero el hombre tenía otra noticia para mí: todos los artistas de clubes y cabarets habían sido enviados a sembrar café en el llama-

do Cordón de La Habana, y varios días atrás, mientras probaba un ómnibus recién reparado, los había visto en el cercano pueblito de El Calvario.

Sin esperar alguno de los transportes que unían Mantilla con aquel lugar llamado precisamente El Calvario, salí en busca de Violeta del Río. Aquella zona de La Habana, que visitaba por primera vez, me pareció entonces brillante y hermosa, pues en medio de mi desesperación había encontrado un camino hacia la mujer que tanto necesitaba, por la que me sentía seducido y, ahora, abandonado. Antes de llegar a El Calvario pregunté a unos muchachos y me indicaron un descampado al final del cual estaban trabajando «los artistas», como los llamaban en la zona. Atravesé aquel llano agreste, en el que ahora brotaban unas pequeñas matas de café y, debajo de un árbol, disfrutando de la brisa, descubrí a aquel viejo cantante, bien conocido en el país por sus frecuentes apariciones en la televisión, donde solían calificarlo como «La Voz de Oro del Bolero». No tengo que decir cómo palpité mi corazón, seguro de haber hallado el camino hacia Violeta del Río y, luego de darle las buenas tardes, le pregunté al cantante si la había visto.

—Sí, vino dos días la semana pasada —me dijo—. Pero si quieres verla, vas a tener que ir hasta Miami... Me dijeron que el lunes se fue en una lancha.

No me queda más remedio que admitir que ésta es una historia llena de caprichos del destino y de premoniciones de futuro. Han pasado treinta años desde mi último encuentro con Violeta del Río y, como me vaticinó la Voz de Oro del Bolero —que moriría poco después,

sin pisar otra vez las pistas de los cabarets que lo hicieron famoso—, tuve que ir hasta Miami para volver a encontrar a Violeta del Río.

Fue en mayo de 1998 cuando viajé por primera vez a los Estados Unidos, invitado a participar en un encuentro académico, y antes de regresar a La Habana logré pasar varios días en Miami, donde ahora viven muchos de mis viejos amigos, mi única hermana, casi todos mis primos y los que todavía respiran de mis tios.

Aquellos fueron días abarrotados de emociones, de felices reencuentros y definitivos desencuentros con amigos que creía perdidos o muertos, de remembranzas de tiempos compartidos, de rescate de recuerdos y complicidades con personas que mucho había querido y que no veía hacía diez, veinte, treinta años: fue una necesaria recuperación de una parte de mi vida y de mi pasado que las decisiones políticas me habían cercenado.

La noche de la despedida mi hermana decretó que era su noche conmigo y, luego de comer los platos cubanos que preparan en el restaurante La Carreta, ella y mi cuñado me propusieron llevarme a un club de Miami Beach que, según decían, solía ser tranquilo y tenía muy buen ambiente, pues sólo se escuchaban boleros. Eran las once de la noche del 16 de mayo cuando llegamos a La Cueva, uno de los muchos locales de moda en Ocean Drive. Apenas entramos en el club, algo en el aire, en la luz, en el olor me comunicó sensaciones que también creía desterradas y, sin premeditación, pedí un ron collins al mesero. Mi hermana y mi cuñado, que hablaban sin cesar de lo bien que se pasaba allí, temerosos tal vez de que el sitio me resultara aburrido, hicieron silencio cuando se apagaron las luces. Entonces, de la oscuridad y del rincón más

lacerante del pasado, nació una voz, tenue y caliente, que comenzó a cantar para mí:

Después que uno vive
veinte desengaños
qué importa uno más.
Después que conozcas
la acción de la vida
no debes llorar.

Hay que darse cuenta
que todo es mentira,
que nada es verdad.

Hay que vivir el momento feliz,
hay que gozar lo que puedas gozar,
porque sacando la cuenta en total
la vida es un sueño,
y todo se va.

La realidad es nacer y morir,
por qué llenarnos de tanta ansiedad,
todo no es más que un eterno sufrir,
el mundo está hecho de infelicidad.

Una de las más brutales imposiciones que me he hecho en la vida fue la de olvidar a Violeta del Río. Aquella tarde de 1968, bajo el árbol de El Calvario, cuando oí que ella se había ido de Cuba y comprendí el abismo en que yo había caído, decidí que debía sacarla de mi mente o de lo contrario enloquecía. Por eso, sin querer saber más nada sobre ella y sus misterios —ni su verdadero nombre, ni si dejaba familia, ni de dónde había salido para meterse en mi vida—, atravesé otra vez el descampado donde morían bajo el sol implacable las posturas de un café que nunca

nadie tomaría, y comencé a llorar, mientras trataba de alejarme de la agobiante necesidad que me había creado aquella mujer. En verdad, no fue fácil; durante años me negué a escuchar boleros y por años me fue imposible amar a otra mujer: ninguna me permitía alcanzar las escalas de placer que había disfrutado con ella, y el sexo me parecía repetitivo y hasta vacío. Pero el paso de esos mismos años, el empeño que puse en mis estudios, los largos meses que pasé lejos de La Habana, cortando caña para la Gran Zafra Azucarera que no resultó ser tan grande como se esperaba y no nos libró del subdesarrollo, y, sobre todo, la llegada de otra mujer —mi mujer—, me ayudaron a aliviar aquel recuerdo que nunca pude matar del todo y que guardé en el cofre cerrado de las más dolorosas nostalgias.

La señora que ahora remedaba el estilo dramático y despechado de la que alguna vez fuera La Dama Triste del Bolero y animara las noches perdidas de La Gruta, tenía sesenta años, algunas libras de más, un poco menos de su voz gruesa de entonces y el pelo de un rubio más exagerado, cayéndole ya sin furia sobre la cara. Sin embargo, dueña de sus posibilidades, el espectro de la mujer que una vez me había enloquecido, todavía conservaba una fascinante comunicación con sus canciones, siempre susurradas, como dichas al oído, con aquel sentimiento interior que tan bien sabía expresar Violeta del Río. El hombre que ahora la escuchaba, con casi cincuenta años a cuestas, estaba muy lejos del joven católico y provinciano de otros tiempos, y aunque era un escéptico fundamentalista, al menos se creía a salvo de aquella empecinada capacidad de seducción, férreamente enclaustrada en el pasado, pero comprendió de inmediato que estaba equivocado. Con las manos sudorosas, como treinta años atrás, pedí

un carta blanca a la roca y lo terminé justo con la última canción de Violeta del Río y, de inmediato, me puse de pie y salí a la calle, sintiendo que no existía en el mundo suficiente oxígeno para mis pulmones.

Sin entender qué me podía pasar, mi hermana y mi cuñado me preguntaron si quería ir a otro sitio y yo les respondí lo único que me pareció coherente:

—Quiero irme.

Esa madrugada, mientras fumaba en el patio de la casa de mi hermana, aprendí que hay recuerdos y experiencias que resultan insobornables, y que ni la distancia ni el tiempo son capaces de matar. Pero también comprendí que treinta años son muchos años y que volver atrás no sólo es imposible, sino que intentarlo puede resultar perverso: los recuerdos deben ser recuerdos y cualquier empeño para hacerlos salir de sus refugios suele ser devastador y frustrante. Pero ahora, mientras escucho un bolero cantado por Bola de Nieve y observo otra vez la foto de Violeta del Río, recibo desde mi memoria su invencible capacidad de fascinación, su inagotable poder de seducción, y me alivio pensando que el destino, tan perseverante en toda esta historia, no fue tan cruel conmigo como siempre había creído: al menos yo tuve la posibilidad de disfrutar nueve noches de placer con Violeta del Río y de sentir en mi alma y en mi piel que vivía dentro de un caliente bolero de amor. Y esa parte de mi vida nadie me la puede clausurar.

2001